# X LA PRODUCCIÓN LITERARIA EN ESPAÑOL


¿Por qué escribir en español en los Estados Unidos?
Mercedes Cortázar

El idioma de la imaginación
Eduardo Lago

La narrativa

La poesía

El género dramático

El ensayo

# ¿Por qué escribir en español en los Estados Unidos?

Mercedes Cortázar

El idioma, como la familia y la nacionalidad, no se escoge. Se nace al azar en un país, en una familia, y hablando un idioma determinado. Sin embargo, aunque no se ha escogido, el idioma, como la familia y la nacionalidad, se hace parte de uno mismo en la primera infancia. La lengua materna es tan natural que no merece, usualmente, pensar en ella, esto es, mientras vivamos en el país que nos vio nacer y hablemos un solo idioma.

Al dejar nuestro país de origen no solo abandonamos la patria, sino la familia, los amigos, el entorno conocido, las plantas, las flores, el paisaje, los olores, la comida, la infancia. Todo se expresaba a través del idioma que, al surgir de los recuerdos recónditos de los primeros años, se ha enraizado al ser, a la región más privada del espíritu. Es el lenguaje del corazón.

El exilio es una muerte que nos deja con vida, y con la tarea de construir, ya adultos, una nueva existencia, sin padres ni infancia. Somos adultos, pero niños en el nuevo país, y hemos de aprender todo desde el principio, sin el encanto de descubrir el mundo por primera vez, ni el disfrute de la indulgencia con que los otros juzgan al infante.

La situación es parecida a la de quien sufre una enfermedad mental o padece un defecto físico: mudez, sordera o discapacidad psíquica. Los niños merecen nuestra condescendencia, pero los impedidos nos impacientan. Para salir de esa situación incómoda hay que aprender, a toda carrera, lo que los demás toman por descontado. El nuevo idioma es lo principal que debe aprenderse de esa forma apresurada y violenta: con una pistola en la sien. Un idioma así aprendido tiene algo de obligado, de desagrado en su raíz: no se adquirió en el amor del hogar, sino en la indiferencia y la hostilidad de la lucha por la vida. Así fue, por lo menos, en mi caso.

El inglés era, y es, necesario para la supervivencia y el español se convirtió en una lengua de lujo que me revelaba la buena literatura, y que usaba para comunicarme con mis amistades más íntimas. La lengua materna se convirtió en algo misterioso, oculto, en una ceremonia esotérica que debía preservarse de los estadounidenses de forma que recordaba el celo con que los sufíes guardaban sus secretos místicos ante la intolerante mayoría musulmana. El inglés servía, y sirve, para arreglar problemas prácticos, para comunicarse con mis compañeros de trabajo con los que no tengo nada en común. Es una lengua exotérica, vulgar, utilitaria.

Por supuesto que no pensé escribir en inglés en la primera etapa de mi residencia en los Estados Unidos porque, desde mi ignorancia y hostilidad, creía que en inglés solo podían decirse estupideces. La segunda etapa, en la que el inglés invadió mi poesía, paradójicamente comenzó cuando me mudé a Miami, donde el español es hablado comúnmente por miles de inmigrantes hispanoamericanos. Había escrito unos cuantos poemas en inglés antes de irme de Nueva York, pero la etapa de escribir poesía en inglés verdaderamente comenzó en Miami. Entonces me era absolutamente imposible escribir poemas en español y cuando lo intenté, impulsada por la irritación de mis amigos, que consideraban eso como una deserción rastrera, me di cuenta de que podía escribir unos cuantos versos forzados en español, pero que invariablemente terminaba el poema en inglés. En mi mente, la poesía hablaba en inglés.

Al mismo tiempo, escribía prosa en español, en un español desenfrenado, liberado a veces de la gramática, pero que no era *espanglish*. Una amiga solía decirme en esa época que ha-

blaba como la gente escribía y escribía como la gente hablaba. Un crítico me dijo que mi estilo le recordaba la prosa delirante de Henry Miller; a mí me parecía una comunicación ingenua, un balbuceo, en el que creía con la fe incierta del náufrago que arroja al mar una botella con una nota en la que narra todas las vicisitudes del naufragio, y el exacto paralelo y meridiano donde se encuentra; un náufrago que tiene pocas esperanzas de que la botella sea encontrada por el barco que emprenderá el rescate, y piensa, en lo más oculto de su mente, que irá a parar a alguna isla de la Polinesia en que los nativos, ignorando la nota desesperada que contiene, la adorarán como un símbolo del demonio marino Aremata-Rorua.

Me hallaba escindida entre los dos idiomas de una forma muy incómoda y que me creaba momentos de vergüenza, porque me sentía dominada por una fuerza del 'Más Allá', por un espíritu que me hacía escribir en inglés con una compulsión que no podía explicar de una forma racional.

Al regresar de un viaje a Puerto Rico volví a escribir poesía en español y todo regresó a la normalidad. Sin embargo, esta normalidad es rareza para la mayoría. Sé que en los Estados Unidos, gran centro editorial donde aspiran publicar muchos escritores de todo el mundo, resulta extraño que no escriba prosa y poesía solamente en inglés, tras haber pasado más de cuarenta años en los Estados Unidos, y de haber publicado artículos, ensayos y críticas en ese idioma. Lo que la mayoría ignora es que tuve que escribir por necesidad económica o por compromiso de amistad. Nunca lo hice por placer.

En Miami, por capricho, me propuse conocer el inglés a fondo y pude apreciar sus virtudes. Me percaté de que se podía escribir de muchas formas en inglés que serían difíciles y poco naturales en español. Conocí, más que la letra, el espíritu del idioma. Admiré más cabalmente sus grandes escritores y poetas, sus logros expresivos, su riqueza, profundidad y precisión, sin olvidar que el inglés no estaba enraizado a la infancia, a la esencia del ser, que era una lengua ajena.

Persistir en lo que para mí es la normalidad me ha llevado a dedicarme a una actividad absurda, porque hasta ahora no ha tenido objeto ya que el resultado lógico de escribir es publicar. Para el escritor que escribe en español en los Estados Unidos es difícil encontrar editora que le publique, porque las editoriales de Nueva York están interesadas en publicar solo obras en inglés y usualmente traducen libros escritos en otra lengua cuando han tenido éxito en sus respectivos países. ¿Por qué insistir en escribir en español, entonces?

Aparte de que el español pertenece a mi infancia, también encierra una forma idónea de ver la vida, una manera de expresarla, un ritmo de pensamiento. El propósito más obvio de un idioma es posibilitar la comunicación, pero además engloba una historia cultural, una óptica, una manera de ser y de no ser; algo inefable. Esa esencia intrínseca del español es mi lenguaje natural, la forma en que más auténticamente se expresa mi espíritu. Además, eso inexpresable que exuda el idioma me proporciona gozo, deleite al usar sus palabras, placer al escuchar sus sonidos, júbilo al explorar sus posibilidades.

Escoger esta postura no ha sido fácil, porque no se puede evitar el compararse con otros que han tomado el camino opuesto. Los escritores de origen hispano que han escrito en inglés o en *espanglish* han sido reconocidos en los Estados Unidos y hasta en España.

Es comprensible que los Estados Unidos reconozca a los que escogen su idioma o sean influidos por este, pero España debe reconocer a los que han resistido el potente embate de la lengua más poderosa del planeta, y que se expresan en español aunque les cueste el silencio editorial. Esta es una actitud tozuda y heroica, muy a la española.

Los editores españoles han ignorado durante tiempo a los escritores que escriben en español en los Estados Unidos, tal vez porque pensaban que los más de cuarenta millones de hispanos que residen en este país son inmigrantes analfabetos. Esto no es así. En los Estados Unidos existe un gran grupo lector de libros escritos en español que lee exclusivamente

en ese idioma y otro numeroso que lee en inglés, aunque prefiere el español natal. Entre ese público culto hay escritores que escriben en español. Tal vez influidos por la facilidad de comunicación de Internet, algunos editores españoles ahora comienzan a publicar a escritores hispanoamericanos, y hasta uno que otro cubano residente en los Estados Unidos.

La escritora belga Margarite Yourcenar vivió muchos años en los Estados Unidos, pero nunca dejó de escribir en un francés perfecto, a tal punto que ingresó en la Academia Real Belga de Lengua y Literatura y en la Academia Francesa. Su caso, por supuesto, no puede compararse por completo al de los hispanoamericanos en los Estados Unidos, porque Yourcenar podía publicar en Francia. No obstante, si hubiera estado en esta situación, me resulta difícil imaginarla escribiendo en inglés o en *franglish*. Yourcenar tenía un espíritu muy francés, un aire galo, que se hubiera perdido en otro idioma, aunque, afortunadamente para sus lectores de habla castellana, puede apreciarse bastante en español gracias a la excelente traducción que hiciera Julio Cortázar de las *Memorias de Adriano*.

Vladimir Nabokov, que escribió en inglés algunos de sus libros por razones prácticas, y que sabía muy bien lo que costaba ese travestismo espiritual, decía que al escribir en ese idioma se sentía como un virtuoso del piano al que la explosión de una bomba le hubiera dejado solo tres dedos. Los que han leído sus primeras novelas escritas originalmente en ruso, incluso en traducción, pueden constatar la diferencia entre el vuelo poético, el goce de la palabra de estas y la sequedad intelectual de las escritas en inglés.

Como el francés de Yourcenar y el ruso de Nabokov, el español de Cervantes tiene matices ocultos, significados secretos, oscuras complicidades; es posible regodearse en una descripción saboreando las palabras, los sonidos, sus posibles combinaciones, como si fueran manjares. Se puede disfrutar el extender y confundir creativamente el significado de las palabras e incluso fracturar la sintaxis en un juego barroco o hermético.

Dice Václav Havel: 'El hombre moderno de hoy, aparte de perder respeto a muchas otras cosas, perdió el respeto al secreto de la palabra'. Escribir en español en los Estados Unidos es respetar el secreto de la palabra.